

Los prejuicios metafísicos como medida (Maß) de Occidente

GONZÁLEZ-PADILLA, Rolando*†

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Recibido Febrero 18, 2015; Aceptado Octubre 12, 2015

Resumen

Historicidad occidental surge como una transgresión de la temporalidad que es evidente en la preocupación ontológico-moral de la esencia como una medida de la existencia, en virtud de la cual los efectos de la globalización se desarrollan como una fuerza antojo, que piezas más desastrosas conducen a una medida de la técnica. Moral eidética en sí mismo tiende a medir, sin tener en cuenta los aspectos técnicos del ámbito moral y renunciando cada vez más a medida ética reflexiones, trata de no prejuizar. Correctamente no es la globalización excesivamente desproporcionada, pero la intención del juicio moral de dicha globalización y su miseria ética. Si se analiza por separado, el técnico de la globalización contemporánea no tiene el mismo significado ni las mismas consecuencias que la globalización moral occidental se originó en el pensamiento platónico-cristiano eidética. Sin embargo, de la misma manera en la que la concepción de la verdad como certeza, que también aumentan el racional ignorar un elemento emocional, viene del cambio en la esencia de la verdad como aletheia realizada por Platón, la técnica actual también proviene de un ámbito metafísico, que se desarrolla desde Platón y resistir el temporal, tiende a la homogeneización universal, partiendo de la esencia (aunque la esencia misma de la técnica se oculta a través de las maquinaciones [Machenschaft]), a saber, a la globalización y la desaparición de la distancia, no en el sentido de cercanía, pero en la medida; que está siendo testigo de la decadencia de la moderación en unmeasurement de la técnica.

Medida, prejuicios, comprensión, interpretación, West, moral, verdad, disposición afectiva

Abstract

Western historicity arises as a transgression of temporality that is evident in the ontological-moral preoccupation for the essence as a measure of existence, in virtue of which the effects of globalization develop itself as a craving force, which most disastrous pieces lead to an unmeasurement of the technique. Eidetic moral in itself tends to measure, while the technical ignoring the moral ambit and renouncing increasingly to ethical reflections measure, tries not to prejudge. Properly is not globalization excessively disproportionate, but the intention of moral judgement from such globalization and its ethical penury. If it analyzes separately, the technical globalization of the contemporary has not the same meaning nor the same consequences that the western moral globalization originated in the eidetic Platonic-Christian thought. Nevertheless, in the same way in which the conception of truth as certitude, which also increase the rational ignoring an emotional element, comes from the shift in the essence of truth as aletheia conducted by Plato, the actual technique also comes from a metaphysical scope, that develops from Plato and resisting the temporary, tends to universal homogenization starting from the essence (though the very essence of the technique is hidden through the machinations [Machenschaft]), namely, to globalization and disappearance of distance, not in the sense of closeness, but in the measure; it is witnessing the decline of moderation in unmeasurement of the technique.

Measure, prejudice, understanding, interpretation, West, moral, truth, affective disposition

Citación: GONZÁLEZ-PADILLA, Rolando. Los prejuicios metafísicos como medida (Maß) de Occidente. Revista de Filosofía y Cotidianidad 2015, 1-1: 93-101

* Correspondencia al Autor (Correo Electrónico: rolandoglezpadilla89@gmail.com)

† Investigador contribuyendo como primer autor.

El origen del pensamiento occidental, de la cultura occidental (porque cultura es pensamiento), es un estímulo afectivo ante la trivialidad y simplicidad de las cosas, es el asombro ante lo más habitual del ente, que no es otra cosa que su ser, o expresado de una mejor manera, podría decirse su estar siendo. En la exacerbación racional de la civilización tecnocientífica actual que homogeniza las diferencias y elimina las distancias, resultaría increíble situar en un temple de ánimo la génesis de todo lo que hoy se considera fruto de la imponente capacidad racional que descubrió el ser humano heleno de los cimientos de la cultura occidental. Incluso, al intentar una demarcación entre cultura occidental y cultura oriental, demarcación que no se puede realizar más que en el ámbito del pensamiento humano, se sitúa la filosofía como el más genuino y original producto de occidente, y se considera al inicio del filosofar como la irrupción de la razón humana que se autodescubre y se impone dentro de todo el ámbito del ente dominado hasta el momento por las cosmologías y cosmogonías mitológicas ... ¡como si los orientales fueran unos carentes de razón! Para penetrar adecuadamente en el tema se debería intentar entender las diferencias y la copertenencia entre pensamiento, filosofía, razón y comprensión humana; esta adjetivación, humana, no es más que una redundancia, pero en este y en cualquier caso donde se hable de estas cuestiones, es una redundancia necesaria por expresar la condición de posibilidad del pensamiento, de la filosofía, de la razón y de la comprensión misma.

La dilucidación de estos temas podría comenzar por aquello que a primera vista podría resultar como lo más ajeno a ellos: un temple anímico fundamental, una disposición afectiva, una interpelación desocultadora de la ignorada simplicidad y obviedad de las cosas. Se trata del asombro, que como Heidegger enuncia, es “esencialmente diferente, de todas las formas y niveles del quedar maravillado.

De la admiración y del pasmo (...) el temple fundamental que se hace necesitar en el ser-necesario del preguntar inicial”¹⁷¹. Asombrado el ser humano, o más propiamente el Dasein, por la habitualidad de las cosas, por su ser, esta deviene como lo más inhabitual de todo, el ente se le impone en su ser al ser humano, se le descubre o desoculta (aletheia) no en lo diferente, sino en lo propiamente igual, cotidiano, acostumbrado, carente de maravilla. El asombro acontece cuando lo más insignificante y pre-ontológicamente sobreentendido resplandece para el Dasein y es origen de inquietud, de interrogantes fundamentales y fundantes, en este caso fundante de una historicidad genuina y propia que no es otra que la occidental. Absortos en el hecho de que las cosas son, producto del asombro, los pensadores iniciales griegos lanzan una pregunta: ¿Qué son las cosas? ¿Qué es lo que es? ¿Qué es el ser de las cosas, del ente? ¿Qué es ser? O más resumidamente: ¿Qué es? ¿Por qué ser? Esto muestra que el origen del pensamiento occidental está determinado por la copertenencia entre afectividad y comprensión humanas. Esto hubo de separarse en la teoría, en la reflexión teórica, racional, objetiva, ¿desgraciada o lamentablemente? El motivo se encuentra en el modo mismo del preguntar inicial, en la dirección de la pregunta, en el ¿Qué es...?, en el interés por la esencia, ¿acaso las cosas, el ente, tienen esencia? ¿Ser o esencia? o ¿Ser y esencia? o en todo caso ¿Ser = esencia?, ¿Hay la esencia o el ser humano se ve necesitado a producir una esencia de las cosas, del ente? De todos modos, en primera y en última instancia el ser humano¹⁷² es lo que él mismo crea o produce de sí, el ser humano es creador de su propia historia.

¹⁷¹ Martin Heidegger, *Preguntas Fundamentales de la Filosofía*, Comares, S. L., Granada, 2008, p. 154.

¹⁷² Es necesario aclarar que esta expresión solo tiene validez si se toma al ser humano en sentido genérico, como es la intención del texto. En términos individuales podrían objetarse algunas cuestiones.

El hombre griego fundó Occidente cuando se sintió necesitado a crear una historia propia, cuando comenzó a crear esencias¹⁷³ como su medida (Maß). El ser humano occidental no descubrió la razón ni la filosofía, su comprensión pensante y afectivamente templada aferrada a la esencia, a la pregunta ¿Qué es...? creó la filosofía, la metafísica, como un discurso racional convertido en la medida de Occidente, siendo este el más patente testimonio de los cimientos de la historicidad occidental.

Basta detenerse en el planteamiento socrático como viva prueba de esta forma de interrogar donde se evidencia la preocupación por la dilucidación de la esencia absoluta: ¿Qué es la virtud? ¿Qué es la justicia? ¿Qué es el bien? ¿Qué es la belleza? Estas preguntas socráticas pugnan contra el relativismo sofístico, esto es un hecho conocido, pero más que todo se enfrentan al devenir, al flujo, a la variabilidad, al cambio; se resisten al tiempo, intentan encontrar la medida universal y absoluta para todas las cosas. La necesaria dependencia de la *phrónesis* a la *sophía* para Sócrates, requería el conocimiento de la esencia; una *ratio* de la virtud, del bien y de lo justo era lo único capaz de salvar una acción virtuosa, buena o justa. El conocimiento de la verdad, que tanto para Sócrates como para su más prominente discípulo Platón, así como para buena parte de la cultura occidental, significó un conocimiento de la verdad moral, como única garantía de una acción política absolutamente justa, potenció el clarividente rayo racional y desconoció el influjo de la afectividad en el entendimiento humano.

Podría decirse que este fue el momento cuando la racionalidad desplazó la comprensión afectiva, si bien no tematizada así durante esa época, y se convirtió así en la única medida de Occidente, aferrada únicamente al ente y apartada de la interpelación desocultadora del ser (*Seyn*), aunque siempre con una precomprensión de éste, cuyas consecuencias se expresan en la actualidad como desmesura (*Maßlosigkeit* ó *Unmäßigkeit*) de la técnica contemporánea.

Nietzsche consideró al pensamiento socrático como una expresión de la muerte de la tragedia, del desplazamiento del elemento dionisiaco en virtud del elemento apolíneo, así expresa: “En Sócrates se materializó uno de los aspectos de lo helénico, aquella claridad apolínea, sin mezcla de nada extraño: él aparece cual un rayo de luz puro, transparente, como precursor y heraldo de la ciencia, que asimismo debía nacer en Grecia”¹⁷⁴. Claridad apolínea, ciencia, no traducen más que la transparente racionalidad; lo extraño es lo anímico, lo afectivo, lo incontrolable.

Pero determinar la esencia absoluta y universal de los fenómenos y de las cosas no cifra más que la transgresión de la temporalidad humana; su posibilidad no fue más que la metafísica, cuyo fundador fue Platón. Aferrado a *eídos* intemporales fundó el conocimiento cierto, válido e invariable en el presente, en el futuro y en el pasado, o en la secuencia infinita e ininterrumpida de ahora, en la imagen móvil de la eternidad. La metafísica, tales *eídos*, no concentran más que el sistema de creencias y prejuicios como medida de Occidente, retomados por el cristianismo como posibilidad del imperio de la evangelización.

¹⁷³ La esencia en Occidente se ha pensado a través de varios conceptos como: *eídos*, *ousía*, *subjectum*, *quidditas*, *essentia* y su traducción germana como *wesen*. Tales conceptos han constituido la medida epocal de Occidente.

¹⁷⁴ Friedrich Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, Alianza, Buenos Aires, 1995, p. 222.

Cuya propagación¹⁷⁵ no representa más que la victoria de un modo de pensar constitutivo del ahí occidental que ha desterrado el tiempo a través de prejuicios intemporales. La validación de estos prejuicios, de estas ideas absolutamente necesarias o valores universales, no se obtiene más que a partir del pensamiento racional. Doblegar lo pasional, lo afectivo, lo anímico, hacerlo sucumbir al imperio de la razón, ha sido una tarea de occidente.

Con este intento irrumpe la modernidad, que aun logrando una escisión del estado y de la religión e intentando la constitución de una moral laica, no deja de ser una modernidad platónica, cristiana, metafísica, opositora del libertinismo (escepticismo, materialismo, ateísmo). Se descubre la subjetividad y se identifica con la razón. Deliberadamente se pretende la consecución de la verdad (veritas) como certeza (certitudo) absoluta del Sujeto. La justificación de la falsedad se excluye del ámbito de la razón y vuelve a caer bajo todo lo que le es extraño a éste sin perder su atadura con el ámbito moral. Falsedad es errar, pecar, conducirse en disconformidad con la idea del bien platónico-cristiano. Las incontrolables pasiones y la amplitud de la voluntad son las que yerran; mientras que la razón conducida metódicamente y restringida a su propio ámbito es la única garantía de lo cierto, de lo adecuado, de la verdad, de la medida. Así el propio Descartes comenta:

¿De dónde nacen, pues mis errores?
Sólo de esto:

Que, siendo mi voluntad más amplia que el entendimiento, no la contengo dentro de los mismos límites que éste, sino que la extiendo también a las cosas que no entiendo, y siendo indiferente a éstas.

Se extravía con facilidad, y escoge el mal en vez del bien, o lo falso en vez de lo verdadero. Y ello hace que me engañe y peque.¹⁷⁶

La cultura occidental ha asumido la tarea de atribuirle un sentido moral al contenido ontológico de la verdad, de identificar verdad y bien, y entender la consecución de este último como el más sublime logro del ser humano, como promesa de eternidad y transgresión de la temporalidad. El Dios instaurado por Occidente es el No Tiempo, como expresión de lo insoportable que le ha resultado la conciencia de su finitud y vulnerabilidad. Esto explica ontológicamente el ansia globalizadora, expansiva, colonizadora e imperialista, la tecnificación racional y la falta de validez del ámbito afectivo como apertura a la verdad. El autocratismo del Sujeto kantiano como productor de la realidad testimonia esta concepción exclusivamente racional de la verdad; del mismo modo su concepción del ser humano como un ser racional finito, segmentado en capacidad racional e inclinaciones naturales, que considera como obstáculos para la realización del Deber Ser puro, donde se encuentra la única legítima medida de los seres humanos. Por eso su imperativo categórico no expresa más que el mandato de que el ser humano, ser racional finito, actúe como un ser racional puro, no contaminado por pasiones.

¹⁷⁵ En la campaña evangelizadora del cristianismo se puede ver uno de los antecedentes más notorios de la globalización metafísica de la época medieval y moderna que llega hasta la actualidad en la invariabilidad de multitud de prejuicios.

¹⁷⁶ René Descartes, *Meditaciones Metafísicas*, Ciencias Sociales, La Habana, 2002, p. 33.

Debía alcanzar la modernidad su mayor esplendor con la filosofía del espíritu absoluto hegeliano, considerando la consecución de la verdad absoluta como culmen de todo movimiento de devenir histórico y hallando en la conciencia autotransparente su única y legítima posibilidad.

La razón devenida en espíritu absoluto sintetiza y finaliza todo movimiento dialéctico, vence el tiempo, es la medida tanto para el ámbito natural como para el ético¹⁷⁷, se convierte en dios.

La crisis de la modernidad se cifró en el cuestionamiento de la razón que desde la reivindicación de la voluntad y de las pulsiones por parte de Schopenhauer, el descubrimiento del inconsciente por el psicoanálisis, la declaración de la muerte de dios por Nietzsche, la defensa de la comprensión por la hermenéutica romántica de Schleiermacher y Dilthey, y la irrupción de la fenomenología de Edmund Husserl, condujeron directa o indirectamente a la ontología fundamental de Martin Heidegger, que en su obra central: *Ser y Tiempo*, desarrolló la analítica del Dasein con base en la comprensión afectiva que abre las redes de significatividad en las que se mueve de acuerdo a su constitución fundamental como estar-en-el-mundo.

El énfasis en la comprensión afectiva subvierte la prioridad de la razón, es decir, de un sujeto racional exclusivamente teórico, y pretende partir fenomenológicamente de las cosas mismas tal como se muestran en la interpretación cotidiana y fáctica que realiza el Dasein de sí mismo, de otros Dasein y del resto de los entes.

¹⁷⁷ Jesús Rodolfo Santander, *Desencantamiento y desmesura en la época del mundo de la técnica planetaria, Técnica planetaria y nihilismo*, Eón-BUAP, México, 2011, p. 5.

Conmover la prioridad de la razón no significa rechazar o anular a ésta, sino otorgarle su adecuado lugar como forma de acceso a uno de los modos de ser del ente intramundano, al estar ahí puro de la contemplación teórica.

Lo radicalmente novedoso es mostrar que este conocimiento racional como modo de acceso al ente que está ahí es un derivado de una estructura ontológica más originaria del Dasein que es la comprensión, no en el sentido como la entendían los representantes de la hermenéutica romántica, referida únicamente a los textos, sino como comprensión fáctica, de la cotidianidad mundana y preteórica.

Resulta necesario aclarar el concepto de facticidad del modo como lo entiende Heidegger: “El concepto de facticidad implica: el estar-en-el-mundo de un ente ‘intramundano’, en tal forma que este ente se pueda comprender como ligado en su ‘destino’ al ser del ente que comparece para él dentro de su propio mundo”¹⁷⁸.

El Dasein, cuya constitución fundamental es el estar-en-el-mundo, es apertura como condición ontológica de posibilidad del comparecimiento de los entes intramundanos en los dos modos de ser que tematiza Heidegger: lo a la mano del útil y el estar ahí del objeto teórico.

Este comparecimiento de los entes se realiza a través del comprender los nexos de significatividad mundanos por parte del Dasein, los respectos en los cuales se mueve y se realiza la comprensión de los entes intramundanos.

¹⁷⁸ Martin Heidegger, *Ser y Tiempo*, Trotta, Madrid, 2009, p. 77.

Heidegger enuncia: “La apertura previa de aquello con respecto a lo cual se realiza la puesta en libertad de lo que comparece en el mundo no es otra cosa que la comprensión del mundo, mundo hacia el cual el Dasein en cuanto ente está siempre vuelto en su comportamiento”¹⁷⁹. Esto es posible porque el Dasein está-en-el-mundo, o bien el Dasein es su mundo, o más originariamente el Dasein es su ahí, porque mediante su comprensión abre tal ahí como forma de realizar su existencia.

El Dasein ex-siste abriendo un mundo mediante su comprensión en el cual comparcen cada uno de los entes en su condición respectiva (Bewandtnis), en su estar vuelto a otros entes mediante el para-qué de cada uno de ellos. Así se enlazan en una totalidad respeccional que no remite más que a la primaria apertura de mundo desplegada por el Dasein a través de su comprensión significativa, porque cada uno de los respectos (para-qué, para-esto, por-mor-de), que muestran la utilidad de los entes a la mano, no son más que redes de significatividad abiertas primariamente por el Dasein. Heidegger destaca:

“Estos respectos están enlazados entre sí como una totalidad originaria; son lo que son en cuanto son este significar en el que el Dasein se da previamente a entender a sí mismo su estar-en-el-mundo. Al todo respeccional de este significar lo llamamos significatividad (Bedeutsamkeit). Ella es la estructura del mundo, es decir, de aquello en lo que el Dasein ya está siempre en tanto que Dasein. El Dasein es, en su familiaridad con la significatividad, la condición óptica de posibilidad del descubrimiento del ente que comparece en un mundo en el modo de ser de la condición respectiva (estar a la mano), ente que de esta manera puede darse a conocer en su en sí”¹⁸⁰

El comprender es el modo mediante el cual se realiza la aperturidad del ahí por parte del Dasein, por eso y antes que comprender cualquier cosa en específico, lo que el Dasein comprende es ser, por eso se define como un ser comprensor de ser; comprende preteóricamente que las cosas, los entes, son y en la interacción con los mismos, cuya posibilidad es la comprensión del Dasein, genera y despliega las continuas, ininterrumpidas e infinitas posibilidades en las cuales realiza su existencia a cada momento.

El Dasein mediante su comprensión libera las posibilidades que lo constituyen como un ente (el único) existente. Estas posibilidades no son fruto de la reflexión teórica; originariamente son posibilidades fácticas ... Por ejemplo: me acuesto, me levanto, tomo café, salgo a caminar, hago ejercicios, desayuno, voy a la Universidad, entro al aula del segundo piso en el ala derecha, me siento, tomo notas, escucho al profesor mientras fantaseo lo que haré el fin de semana: quisiera ir a la playa, a Cancún, pero difícilmente podré, no tengo dinero, entonces éste anhelo como todos los actos anteriores no son más, ni menos, que posibilidades. Dice Heidegger: “En el comprender se da existencialmente ese modo de ser del Dasein que es el poder-ser. El Dasein no es algo que está ahí y que tiene, por añadidura, la facultad de poder algo, sino que es primariamente un ser-posible”¹⁸¹.

Antes que conclusión de actos, acabamiento de hechos, o bien realidad o efectividad, el Dasein es posibilidad; y cada una de estas posibilidades que genera el Dasein aglomerada e ininterrumpidamente, imposibles de contabilizar o de ubicar en una secuencia, las libera a partir de la comprensión, que originariamente es preteórica.

¹⁷⁹ *Ibíd.*, p. 107.

¹⁷⁹ *Ibíd.*, p. 108-109.

¹⁸⁰ *Ibíd.*, p. 162.

Este poder-ser o comprensión de posibilidades es la forma como el Dasein se relaciona con los entes intramundanos, con los otros Dasein y consigo mismo. El Dasein incesantemente está absorto en posibilidades, o bien se proyecta en posibilidades. Heidegger expresa: “El comprender tiene en sí mismo la estructura existencial que nosotros llamamos el proyecto (Entwurf) (...) El carácter proyectivo del comprender implica, además, que el comprender no capta lo que él proyecta –las posibilidades- en forma temática”¹⁸².

Podría decirse que mediante la proyección de posibilidades que abren el ahí del Dasein, éste siempre se encuentra más allá de sí, pero a su constitución fundamental le corresponde el estar-en-el-mundo, y toda posibilidad liberada o abierta por mucho que involucre al Dasein con otros entes y otros Dasein y lo desentienda de “sí mismo”, nunca trasciende el mundo, y éste pertenece al “sí mismo” del Dasein, en el sentido de su estructura ontológica.

De igual modo la disposición afectiva constituye ontológicamente al Dasein y muestra a éste en su carácter de arrojado, de ya encontrarse en un mundo, en una determinada posibilidad. Como afirma el ontólogo de Friburgo: “El Dasein, en cuanto afectivamente dispuesto, por esencia ya ha venido a dar siempre en determinadas posibilidades (...) El Dasein es un ser-posible entregado a sí mismo, es, de un extremo al otro, posibilidad arrojada”¹⁸³. El Dasein, antes de cualquier elección, se encuentra siempre anímicamente templado. Disposición afectiva y comprensión se copertenecen originariamente.

Un determinado estado de ánimo, por ejemplo: la alegría, posibilita que la comprensión abra determinadas posibilidades; mientras que una posibilidad puede conducir a un determinado temple anímico, o bien la ejecución de un hecho, de una posibilidad fáctica, o una actitud pragmática siempre van acompañadas de un temple de ánimo. La potenciación de lo estrictamente racional cuyo propósito es la consecución de la certeza objetiva, cuando intentan fallidamente librarse de lo anímico, desconocen la cooriginariedad de la afectividad y la comprensión. Comenta Heidegger: “La disposición afectiva tiene siempre su comprensión, aun cuando la reprima. El comprender es siempre un comprender afectivamente templado”¹⁸⁴.

En la comprensión afectiva se muestra la temporalidad propia y originaria de la existencia humana. Proyectándose comprensivamente en posibilidades, el Dasein anticipa su futuro y éste remite a su pasado o haber sido, a su carácter de arrojado, a los prejuicios o interpretaciones dominantes del existir con los que se ha familiarizado el Dasein desde su nacimiento y que posibilitan el tipo de posibilidades en las que se proyecta. Esta conjunción de futuro y pasado abren el presente en el que el Dasein se encuentra en cada momento. En el caso del Dasein Occidental, la interpretación dominante de la existencia en función de la esencia, de la pregunta ¿Qué es...? tuvo como resultado la historicidad occidental y cada uno de los prejuicios que esta historicidad lleva consigo, prejuicios marcados por una rígida connotación moral y que en la posmodernidad han sufrido un “profundo” cuestionamiento¹⁸⁵.

¹⁸⁴ *Ibid.*, p. 161-162.

¹⁸⁵ Desde Nietzsche tales prejuicios han sido profundamente cuestionados, pero con los filósofos posmodernos tales propósitos se han ampliado en una auténtica cruzada contra la metafísica.

¹⁸² *Ibid.*, p. 164.

¹⁸³ *Ibid.*, p. 163.

El discurso sobre los valores parece una moda gastada; la moralidad ha entrado en crisis, pero ambiguamente esta crisis se ha desarrollado solo a través de una viva preocupación ética. Por otra parte se ha generado una moda filosófica que pretende hacer cátedra a través de la negación de la metafísica o cuando menos impugna duramente los prejuicios occidentales. El propósito, según se declara, es desprejuiciarse. Sin embargo ¿Es posible el desprejuiciamiento? El pensamiento de Heidegger muestra la imposibilidad e incongruencia de este propósito en la reflexión que realiza sobre la interpretación. Mientras que el comprender abre posibilidades, al desarrollo explícito de éstas las denomina interpretación. Según plantea:

“El proyectarse del comprender tiene su propia posibilidad de desarrollo. A este desarrollo del comprender lo llamamos interpretación (Auslegung). En la interpretación el comprender se apropia comprensoramente de lo comprendido por él. En la interpretación el comprender no se convierte en otra cosa, sino que llega a ser él mismo (...) La interpretación no consiste en tomar conocimiento de lo comprendido, sino en la elaboración de las posibilidades proyectadas en el comprender”¹⁸⁶ Pero la interpretación está constituida por un círculo hermenéutico, tal y como lo denomina Heidegger: “La interpretación de algo en cuanto algo está esencialmente fundada en el haber previo, en la manera previa de ver y en la manera de entender previa. La interpretación no es jamás una aprehensión, sin supuestos, de algo dado”¹⁸⁷. A estos supuestos Hans-Georg Gadamer los denominó prejuicios, y el sentido que les atribuyó fue completamente diferente al que tienen en el habla común.

Resulta paradigmático el caso de Michel Foucault. Conste que este ensayo intenta cumplir el propósito de cuestionar algunos de sus postulados fundamentales.

¹⁸⁶ *Ibíd.*, p. 167.

¹⁸⁷ *Ibíd.*, p. 169.

Los prejuicios son requisitos indispensables de la interpretación; la connotación que tienen no es la de bloquear “negativamente” el pensamiento o la actitud humana, sino la de hacerla posible. Más allá del contenido explícito que tengan, los prejuicios son condición de posibilidad de la interpretación, del pensamiento y de la actitud humana, o más explícitamente puede expresarse que los prejuicios son condición de posibilidad de la vida fáctica; formalmente (no materialmente) constituyen ontológicamente al ser humano porque la interpretación es una estructura ontológica de éste.

El cuestionamiento de la cultura occidental no se puede desarrollar como un enfrentamiento antagónico a sus prejuicios, porque estos han constituido la historicidad y el ahí de cada Dasein occidental, su medida.

Negar los prejuicios occidentales es negar el ahí del Dasein occidental, y ya que el Dasein es su ahí, lo que se produce es una negación de éste, en la mayoría de los casos del propio Dasein que cuestiona. El desprejuiciamiento no es más que un mito; la negación de un prejuicio solo es posible en virtud de la afirmación de otro. Esto asimismo es patente a partir de la constatación de la nihilidad que en su fundamento es el Dasein y del carácter negativo de su proyectarse comprensivo. Heidegger expresa:

“Pudiendo ser, el Dasein está cada vez en una u otra posibilidad, que constantemente no es alguna otra y que ha renunciado a ella en su proyectarse existencial. El proyecto no sólo está determinado por la nihilidad del ser-fundamento en tanto que aquél siempre está arrojado, sino que, incluso como proyecto, es esencialmente negativo (nichtig)”¹⁸⁸

¹⁸⁸ *Ibíd.*, p. 301.

¿Legitimidad de unos prejuicios e ilegitimidad de otros? ¿Destierro de los prejuicios ilegítimos? La solución de estas interrogantes solo es posible a partir de la afirmación de algunas esencias y del debate filosófico, y la creación de la *philosophía* es el más sublime producto del pensamiento, de la cultura y de la historicidad occidentales. Continuamente en la vida fáctica el ser humano afirma esencias sin reflexionar teóricamente sobre ellas: las costumbres son un ejemplo de ello. Cada ser humano mediante sus costumbres afirma esencias continuamente y patentiza la originaria tendencia del hombre a desarrollar prejuicios, supuestos, a constituir una moral que no puede ser de otro modo que una moral metafísica, con base en interpretaciones dominantes, en eídos. Las costumbres y los prejuicios no hacen más que mostrar la inherencia de la metafísica al ser humano, el hecho de que el *Dasein* es siempre metafísico.

La historicidad occidental se origina como una transgresión de la temporalidad que se patentiza en la preocupación ontológico-moral por la esencia como medida de la existencia, en virtud de la cual se desarrolla el ansia globalizadora cuyos efectos más desastrosos conducen a la desmesura de la técnica. La moral eidética en sí misma tiende a la medida, mientras que la técnica al desentenderse del ámbito moral y renunciar cada vez más a reflexiones éticas pierde toda medida, intenta desprejuiciarse. Lo propiamente desmesurado no es la globalización, sino la intención de desprejuiciamiento moral de tal globalización y su penuria ética. Si se analiza separadamente, la globalización técnica de la contemporaneidad no tiene el mismo sentido ni las mismas consecuencias que la globalización moral occidental originada en el pensamiento eidético platónico-cristiano.

Sin embargo, del mismo modo que la concepción de la verdad como certitudo, que potencia lo racional desconociendo el elemento afectivo, procede del viraje en la esencia de la verdad como *aletheia* llevada a cabo por Platón, también la técnica actual procede de un ámbito metafísico que se desarrolla a partir de Platón y que resistiéndose a la temporalidad tiende a la homogeneización universal a partir de la esencia (aunque la propia esencia de la técnica se oculte mediante las maquinaciones [*Machenschaft*]), es decir, a la globalización y a la desaparición de la distancia, no en el sentido de cercanía, sino en el de medida; se asiste al ocaso de la medida en la desmesura de la técnica.